

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 48

Madrid Marzo de 1896

OFICINAS-FACTOR. 7

C. VERGER.





¡ARRE, BORRICO!

(CUENTO)

—¿Que no llego? ¿Cuánto sus apostáis á que sí?

—Que has de llegar. Cuatro leguas cuesta arriba y con diez arrobas sobre el lomo, no las anda el mio, que es un burro de mistó, cuanto más el tuyo, más viejo que tu agüelo, más flaco que tu galgo, con más hambre que el maestro de escuela y más abujeros en la condenada piel que la salvaera del señor Remigio, el escribano. Na, chico, que á la media legua se le sale toa la sangre por las matauras. Míale, si se está cayendo, y ya no tiene ni aire con que rebuznar.

—Pues sus digo que llego á Castrofrente. ¡En tomando yo mi herramienta, vaya un modo de trotar! Cuando yo digo arre, hasta la burra del Tío Balán, de que habla el señor cura, corre más aprisa que el tren.

—Mira, Curro, no seas zopenco; mejor es que te lleves la metá de la carga á la feria, y cuando la vendas, güelvas por la otra metá, porque si no te vas á quedar sin carga y sin pollino. Mía que de burros entiendo como si hubiera nacido burro, y al tuyo le conozgo en la cara y en los ojos y en toa su presona, que no tié cuerda ni pa legua y media.

—Sus digo que llego. Son las siete; á la una estoy en Castrofrente, vendo mi trigo y mañana á estas horas me tenéis aquí de vuelta. ¿Apostáis media docena de chorizos y seis cuartillos de Valdepeñas á que sí?

—Apostaos.

—Pues... ¡Arre, borrico!

Y seis tremendos palos caen, como mazas, sobre las flaquísimas y desolladas ancas del desventurado burro, que con encogido rabo, vacilantes patas y menudos pasos, temblorosos bajo el peso abrumador, emprende su marcha con un arranque locomotivo, sacado más que de sus músculos, de su desesperación resignada.

Los seis pasos son solo el primer su-
mando; nuevos arres y zurras van adici-
onándose, hasta que terminada la ca-
lleja que conduce á la carretera, desapa-
recen el mártir jumento y su verdugo,
el implacable Curro Zurrables, el más
cruel de los arrieros de España, y cuida-
do que los arrieros españoles son demonios en forma humana, digo mal, inhu-
mana.

Curro es más burro que su burro. No hay más que ver su frente aplastada y angostísima, colocada entre dos cejas cepillosas y un bosque cranial de cerdas, vegetación capilar que se bebe todo el jugo encefálico de una cabeza donde las ideas no tienen otra forma que la de pelos.

Sus ojos de rana, saltones y rojizos, su nariz chata, como aplastada de un puñetazo; sus labios gordos y morados como el vino que chupan por azumbres; sus orejas vueltas y grandes como abanicos; su cara azulada con el brote de la mal afeitada barba, sus manos enormes y velludas; sus pies colosales, con un manajo de dedos como troncos desbordando de la roida alpargata; su voz áspera y toda su expresión revelan en él el hombre-bestia, el centauro fundido en forma humana, con predominio de su mitad posterior, con el relincho por palabra, y los apetitos, instintos y bestialidades por única dotación psicológica. Curro no tiene sobre su burro más que una supremacía alfabética: de Curro á burro no hay más distancia que entre la *b* y la *c*, apenas el invisible guión que une, más que separa, el ser irracional del racional llamado hombre.

Y como Curro es más burro que su burro, ha puesto el muy burro, sobre el lomo de su cuadrúpedo, las diez arrobas de trigo en sacos que va á vender en la feria, creyendo, en su codicia y crueldad, que el dolor y no el pienso es la única fuerza motriz de las mudas bestias.

Para él, su vara es la balanza de Arquímedes. *Da mihi palum et burrum movebo*—diría,—si supiese latín, aun que fuese macarrónico. Las trigonometrías del paso, el peso y el piso; las ecuaciones de la dinámica burral y la gravitación universal, quédense para ingenieros, matemáticos y demás gente ordinaria. El solo sabe que un palo es un palo, y que un burro, mientras tenga cuatro patas, anda, si el arriero es doctor en las ciencias físicas y naturales de arrear y vapulear.

Y al parecer tiene razón. Ya lleva andada legua y media; cuatrocientos palos y otras tantas interjecciones han hecho el milagro. El pobre animal, sudoso, agotado, lucha contra el mismísimo planeta, que, en virtud de la ley que descubrió Newton, tira de la carga hacia su centro de gravedad; reclama su derecho de *planetazgo* (más ineludible que el de portazgo y pontazgo) y pone el lomo del flaco pollino entre la tierra, la carga y el palo de Curro, todo ello multiplicado por el multiplicador de la cuesta arriba, que aniquila las asnales resistencias.

Tú que no puedes, llévame á cuestras; y Curro, cansado de andar y apalear, se monta sobre las ensangrentadas ancas del borrico, transportando la acción de su vara al cuello y orejas del torturado y triturado animal. ¡Ah! ¡Si los burros hablasen! ¡Tendría que oír lo que dirían del hombre!

¿Qué había de suceder? A los cien pasos el terco planeta somete á su gravitación á hombre y burro, que caen al suelo desplomados. Primera caída. Aquí te quiero, vara, y Curro, furioso, va á ejercer la obra de misericordia de levantar al caído. Palos tremendos en el vientre, en las contraídas patas, en las amusgadas orejas, en el sensible hocico. ¡Ah! ¡todo se rinde al genio! Ya está el burro en pie, hecho una miseria, pero sacando sus últimas fuerzas de sus últimas flaquezas, azuzado por el dolor que le abrasa el cuerpo y el terror que le angustia el alma... de burro, que también los burros tienen su alma, y hasta más noble que la de muchos hombres.

Pero, ¡ay! el arriero propone y el burro dispone. El sol abrasador, el hambre, la sed, el cansancio, los palos, las cuestras, las arrobas, las heridas, las moscas, los tábanos, en fin, toda la escala del dolor terreno, dan por segunda vez con el pollino en tierra.

Curro ya no es un hombre; es un tigre hidrófobo, satánico. Agota los recursos de su *burrosología*. Palos, pedradas, pinchazos en toda la longitud, latitud y profundidad anatómica de su víctima.

Su obra es casi una vivisección: busca los sitios más sensibles y lacerados, los más salientes y descarnados huesos; las abiertas heridas; hasta le salta un ojo y le parte una pata, ¡estúpido! sin ver que es quitar la rueda al carro, la caldera á la locomotora. Trabajo inútil: la gran libertadora y vengadora, la Muerte, apiadada, ha tocado la frente del burro para librarle del monstruo humano; la gonía se declara.

Por muy burro que sea Curro, comprende que no hay burro; que su vara ya no es milagrosa, y que lo que es los chorizos y el Valdepeñas no será él quien los engulla de balde.

¿Qué hacer? Pide ayuda á tres arrieros que tras él venían y se han parado, riéndose de sus apuros y hasta ¡quién lo creyera! compadecidos de la pobre bestia.

—Machaca, machaca—le dice el primer arriero, gigante, que cabalga en un soberbio mulo,—machaca, que así levantas tú el burro como yo la catreal de Burgos.

—Como no te echas la carga á cuestras—le dice el segundo, jinete en un rocinante color de rata,—me parece á mí que tu trigo se lo comen las hormigas,

—*Requiescat in pace*—dice mirando al burro y echando una burlesca bendición, el tercero, que camina á pie tras un buen asno cargado de hortalizas.—Como no lagas tú de burro, ya tiés pa rato.

—¡Buen viaje, amigo!—le dicen los tres, y se alejan riendo y comentando la trágica situación de Curro, quien se queda reneando, tirándose del pelo y enviándoles la metralla de su boca en forma de ternos, maldiciones y amenazas, que le son devueltas en triples carcajadas y cuchufletas, ortografiadas con exprexisvas puntuaciones y signos de dedos y brazos.

Y es verdad: no hay más remedio que hacer de burro. Aquí de las matemáticas. Diez arrobas pesan mucho; pero bendito sea el que inventó la división; ¡qué pesquis tenía! Un hombre puede transportar una montaña, dividida en pedazos; pues dividamos la carga, se dice Curro, resolviendo su cálculo diferencial é integral, ó sea la diferencia entre la integridad de su fuerza bruta y la del agonizante bruto. Toma á cuestras la mitad de la carga, por una vereda baja á un barranco que hay al pie del camino, y allá entre unos matorrales, esconde lo mejor que puede tres sacos y la albarda del pollino. Libre éste del peso abrumador, intenta Curro el último esfuerzo y, ¡oh prodigo! consigue levantarle y llevarle cuesta abajo, encorvado y cojeando, hasta el barranco, á ver si bebiendo agua de un arroyuelo cercano y tomando un pienso de fresca yerba, restaura sus fuerzas; pero al llegar abajo, casi junto á la escondida carga, el moribundo cuadrúpedo se desploma, *e caddi come corpo morto cade*, para no levantarse jamás.

Curro, frenético, se venga, dándole por adiós de gratitud, por sus servicios, la más tremenda de sus palizas, sin tener la piedad de un navajazo que ponga fin á sus torturas y agonía. Saciada la sed de su venganza, se marcha, sube, ata y se echa la carga al hombro y... ¡arre, borrico! se dice á sí mismo, emprendiendo su marcha de burro bípedo. Pronto la fatiga y el sudor agotan su fuerza bruta de bruto y le hacen comprender el horror de los burramentales martirios. Al cuarto de legua ya tiene un cuarto de lengua fuera. Al doblar una curva del camino, á la sombra de un bosquecillo de pinos, ve á los tres arrieros desmontados, comiendo con las tres navajas por tenedor, buenos trozos de chorizo y de escabeche y apurando con hinchados carrillos el contenido de una bota preñada de azumbres y madre de infinitas peleas cuando el peleón pase de su vientre al de los tres bebedores y de allí se les encarama á las tres alcoholizadas molteras.

—¿Enterraste ya la burra?—le dice uno.

—¿Quieres echar un pienso?—le dice otro.

—El pienso va á ser las patás que sus voy á dar—dice Curro provocativo y tirando su carga.

—Pus ven á dárnosle—dicen los tres, levantándose.

Y las palabras se enredan, y los ternos y blasfemias van en crescendo, y los garrotes se enarbolan, y cuando en aquella iliada de arrieros van las tres navajas de éstos á sustituir el escabeche y los chorizos por las tripas de Curro, uno de ellos, de vino menos peleón y seso más resistente, les dice:

—Chicos, no le matéis, que luego nos apretarán el pescuezo. Vamos á darle una lición. Vamos á hacer con él lo que él hizo con el burro.

La idea es aprobada con regocijo, y Curro, puesto entre las tres elocuentes y aíladas lenguas de Albacete, no tiene más remedio para conservar la piel que echarse de nuevo la carga á cuestras, vomitando por aquella boca maldiciones y gruñidos de jabali furioso.

—¡Arre, borrico!

Y allá va un palo que arranca tres ayes y tres risotadas.

—¡Arre, burro!

Y llueven seis palos, repartidos por espaldas, muslos y piernas.

—¡Arre, Curro!

Y suma y sigue la paliza.

Curro se detiene.

—¡Arre, borrico! ¡Arre, borrico!

—No puedo más.

—Tampoco tu burro podía... ¡Arre, borrico!

—¡Tened lástima!

—Tú no la tuviste de tu burro... ¡Arre, arre, arre, borrico!

Y Curro llora de rabia y dolor, y ahora comprende su crueldad con su único amigo, el burro, durante tantos años, con el que le dió su pan en pago de sus palizas. ¡Ah! la suerte le castiga con la pena del Talión. Ahora sabe lo que pesa una carga, lo que cuesta una cuesta, lo que duelen los palos, lo que aterra, lo que significa el horrible «¡Arre, borrico!» Al fin, extenuado, cae al suelo, diciendo:

—No puedo más.

Uno de los arrieros toma los caídos sacos, los pone sobre su mulo, y los tres emprenden su caminata diciendo:

—¡Vaya, adiós, y descansar!

Curro, al ver que se llevan su trigo, se levanta con nuevas iras y bríos y empieza á tirarles piedras.

—¡Ladroues! ¡Pillos!...

Pronto la fuerza misma del dolor le hacen volver en sí. No hay parte de su cuerpo que no esté machacada. De su cabeza, achichonada y rota como una calabaza, se le escapa la mucha sangre y las pocas ideas que contenía: el sol le abrasa por fuera, y la fiebre por dentro. Se incorpora, se ata el pañuelo á la partida frente, y con la poca fuerza y mucha voluntad y mayor codicia, que le sirven de motores, se echa á andar, tambaleándose, para ir á recoger y salvar su media carga y ver si el asno resucitado puede aún andar y llevarle hasta su casa.

Llega, por fin, al sitio donde está su tesoro escondido. ¡Maldición! ¡Se le han robado! Algún ojo imprudente le vió; alguna mano ladrona le arrebató. Ahora comprende su error y la ineficacia del acebuche, y la impotencia del arre y la sabiduría de Toribio al aconsejarle dividir la carga y no matar al burro. Su codicia rompió el saco, ó más bien los sacos que contenían su fortuna. Casi le duele más el alma que el cuerpo. La ira es casi la puntilla de aquel toro enfurecido.

Se dirige á ver si el borrico aún vive. Un cuervo que ha empezado su obra de sepulturero huye á su llegada. El burro aún respira con los tardíos alientos y rigideces de la lucha estertórea: las hormigas, las moscas y otros insectos se le están ya comiendo vivo, anticipándose á los gusanos que consumaran la obra de la absorción de un burro. Las heridas casi fermentan, fritas por el sol, y la putrefacción anda ya preparando su laboratorio químico para descomponer y separar los simples de aquel compuesto que se llamó burro. Con la expresión casi humana de un postrer adiós, el moribundo jumento echa una mirada al cruel Zurriales, como diciendo: «Haz el primer favor de tu vida; sé una vez bueno: má-tame». Pero Curro no entiende de esas filosofías, ni el lenguaje de la conciencia. Al contrario; ahora por nada tocaría al burro, y hasta le besaría, como Sancho, para ver si conseguía moverle y levantarle.

—¡Arre, borrico! ¡Arre, borrico!

Tiempo perdido: el borrico estira las patas, da un prolongado suspiro y muere.

El burro ha muerto. ¡Viva el burro! Otro vendrá á sucederle en el infierno de la vida usual. Pero no será Curro Zurriales quien le zurre y atormente, porque Curro ¡oh justicia arrieril! también se muere. Por la abierta cabeza se le escapa la vida. Al ir á levantar el burro, su vista se borra y cae desplomado, quedando su cara frente á frente á la de su ex borrico.

¡Tragedia extraña! Víctima y verdugo; racional é irracional muriendo de la misma muerte. ¡Ah! quien á burro mata, á burro muere; parece decirle el burro: «Estoy vengado; y si tú, maldito, tienes el privilegio de la inmortalidad, que mientras yo duermo en la nada, tú en el infierno de los arrieros lèves una enorme carga y un demonio te siga siempre, apaleándote y gritándote por toda la eternidad: «¡Arre, borrico!»

Tres días después, en el fondo del barranco, encontraron los cadáveres, descompuestos y medio devorados por aves de rapiña, de un hombre y un borrico, y el señor juez empezó á hacer las oportunas averiguaciones. Cuando se identificó la personalidad de Curro Zurriales y la *burralidad* de su pollino, Toribio exclamó:

—¡Bien decía yo que no llegaba á Castrofuentes!

Y la historieja de Curro y su burro tiene también su moraleja.

El mundo se divide en Curros y Burros: los que llevan las cargas y los que pegan los palos; los explotadores y los explotados. Algunas veces, la justicia vengadora suele castigar á los Zurriales y decirles: «¡Arre, borrico!»

De todos modos, los pobres hombres somos burros que llevamos á cuesta la dura carga de la vida.

¡Ay de los tristes que viven siempre recibiendo los palos de la desdicha y siempre oyendo este grito de la suerte:

—¡Arre, borrico!

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

LOS MONUMENTOS DE LEÓN

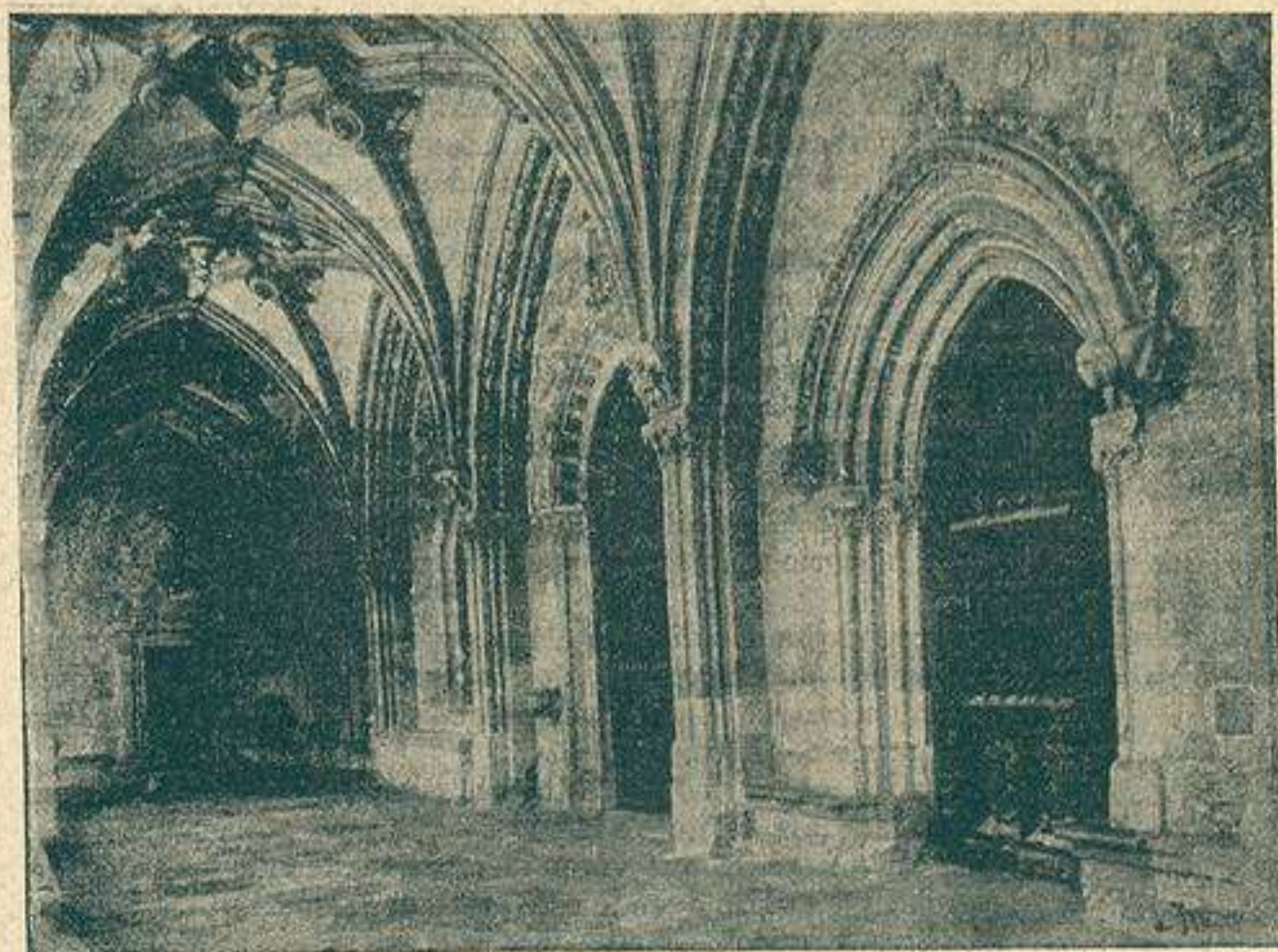


CATEDRAL DE LEÓN

Es la provincia de León un vivo museo arqueológico. En ella encuentra el viajero á cada paso hermosos monumentos que dan testimonio de la riqueza, de la piedad, del poder y de la sabiduría de las pasadas generaciones, tratadas de bárbaras por la supina ignorancia de nuestro siglo enciclopédico: muros y puentes romanos, iglesias bizantinas, castillos góticos, templos ojivales, conventos y palacios platerescos y neoclásicos, obras maravillosas de orfebrería y talla,

No es oportuna aquí una descripción de tan soberana basilica: véala quien pueda, y es seguro que después hará elogios tan superiores como el contenido en aquel dístico que estuvo grabado en el pórtico de este templo:

*Sint licet Hispani: ditissima pulchraque templa:
Hoc tamen egregiis omnibus arte prius.*



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE LEÓN

lienzos valiosísimos y cuantas obras puede producir el arte para expresar la belleza, tienen en la tierra leonesa muy lucida representación, no faltando ni aun la nota oriental allí donde nunca pudieron descansar los árabes; nota oriental que se admira en el priorato de San Miguel de Escalada, levantado en suelo cristiano por unos monjes cordobeses.

La capital de la provincia puede muy honrosamente gloriarse de poseer muchos admirables monumentos. Prescindiendo del orden cronológico y siguiendo á los viajeros que llegan á León, ávidos de recrearse con sus bellezas, nos vamos derechamente á visitar la catedral, modelo purísimo del arte gótico, asombro de propios y extraños y uno de los grandes prodigios de la arquitectura religiosa de España.

Está construida la catedral de León en una plaza espaciosísima, y permite ser vista en conjunto y de una sola mirada, lo cual no acontece con la mayor parte de los monumentos religiosos, de ordinario ateados con la vecindad de otros edificios. Fué erigida durante los siglos XII, XIII y XIV, y es notable por lo atrevido de su pensamiento, la esbeltez y gentileza de sus líneas, la variedad inagotable de su ornamentación y la armonía maravillosa con que tan múltiples elementos han sido combinados.

Vista de frente, la catedral de León se presenta arrogante y majestuosa; contemplada desde lo alto de una de sus torres, semeja un bosque erizado de cresterías, áticos, pináculos y torrecillas, y mirada en su interior es lo más sublime y maravilloso que un artista pueda imaginar.

Defectos de construcción produjeron una ruina parcial en la basilica leonesa. Con el poco dinero que se destina al fomento de las artes aquí (donde el Estado gasta miles de duros en proteger las carreras de caballos), pero con mucho talento y buena voluntad, se ha conseguido restaurar la catedral de León, gracias á los trabajos meritísimos de los arquitectos Laviña, Madrazo, Ríos y Lázaro. Después de una labor homérica, como correspondía á tan grandioso monumento, hoy ya se puede penetrar en su interior; y en breve plazo, cuando las vidrieras multicolores que en la misma ciudad construyen artistas leoneses, estén terminadas, volverán á resonar en aquellas esbeltas naves las oraciones de los fieles.

Tiene además León otro templo puesto bajo la advocación de San Isidoro, y que es pasmo de los inteligentes por su vetustez y hermosura. Fué construido á mediados del siglo XI; y, como la catedral, hállase en una gran plaza, presentando á la admiración de las gentes la severa fachada románica, enriquecida con típicas esculturas de incalculable valor arqueológico. Tiene una torre con reminiscencias bizantinas, y un abside gótico. El interior es hermoso, característico y rico en ornamentación. El presbiterio es gótico, obra del siglo XVI.

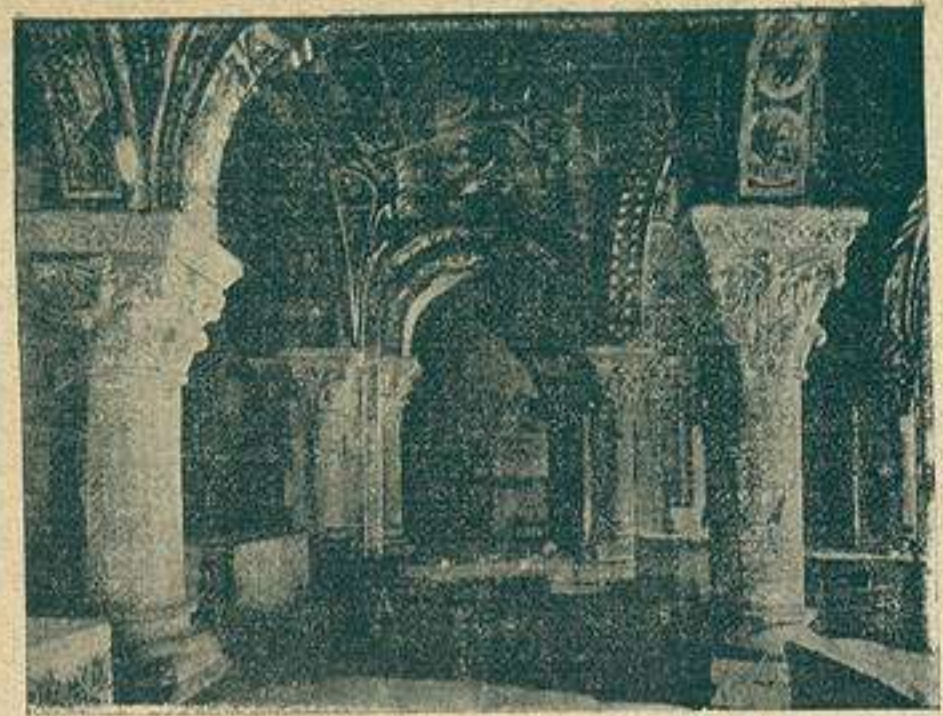


ESTATUAS DE LA CATEDRAL

En esta colegiata de San Isidoro está el panteón de los reyes leoneses, donde en sencillas tumbas duermen el sueño de la eternidad los Garcías, Ordoños, Ramiros, Bermudos y demás gloriosos monarcas que son figuras colosales de nuestra historia. El viajero se siente profundamente conmovido al penetrar en aquella triste estancia, cuyas pesadas bóvedas, descansando en gruesas columnas, macrocéfalas, dan al recinto verdadero aspecto de ataúd.

Adjunto al templo está el palacio de la reina D.^a Sancha, la piadosísima esposa de D. Fernando I; en este palacio, hoy residencia de los canónigos de la colegiata, merecen visitarse la llamada cámara de D.^a Sancha y la biblioteca, donde se guardan libros y documentos muy importantes.

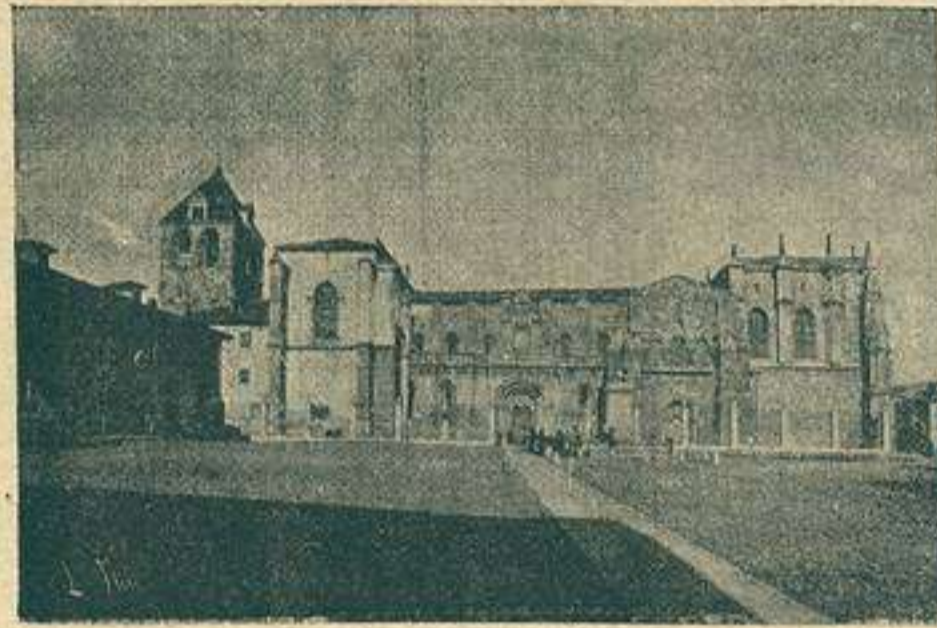
Otro de los grandes monumentos leoneses es el convento de San Marcos, precioso ejemplar del estilo plateresco, y una de las más nota-



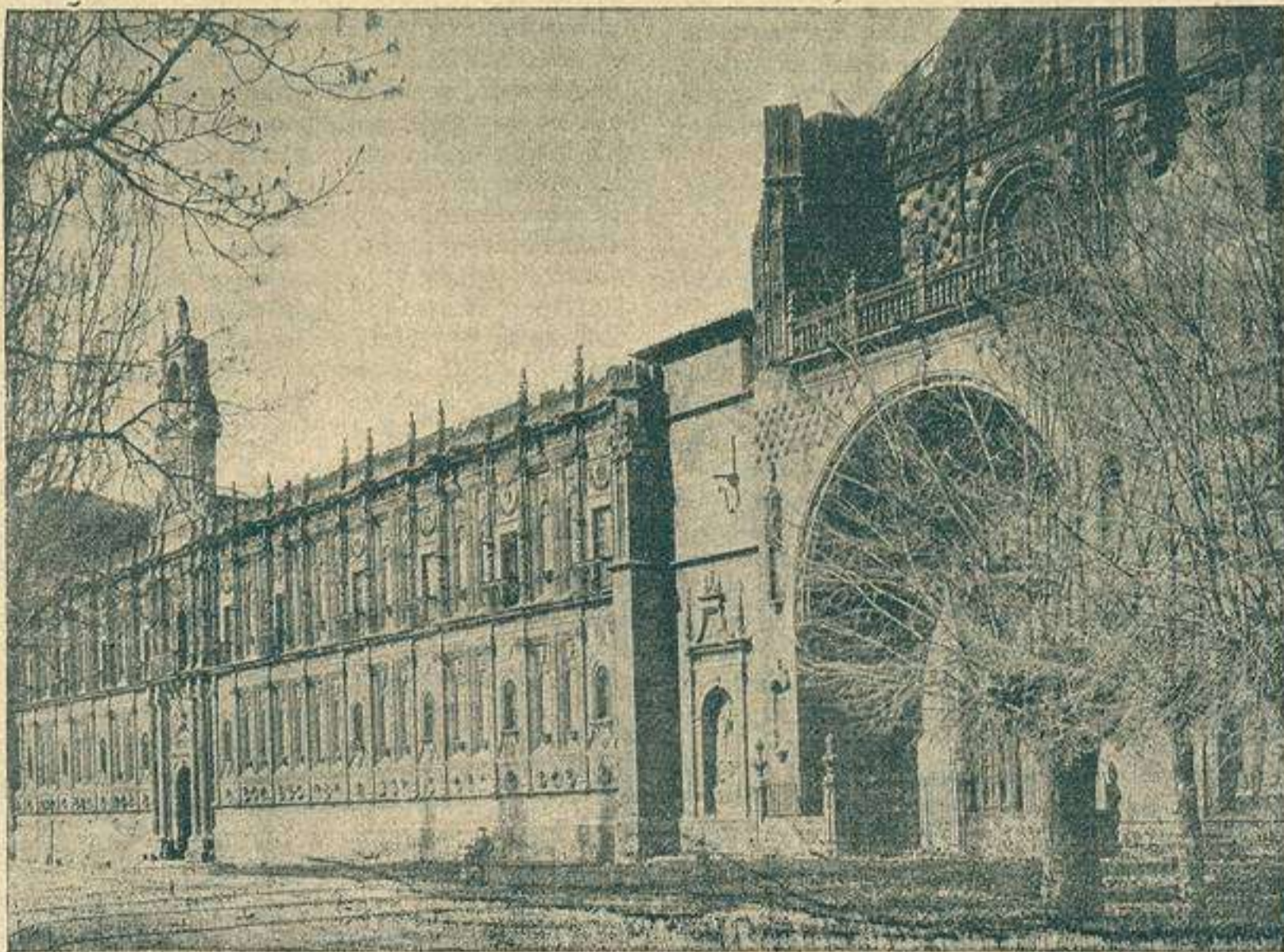
PANTEON DE LOS REYES

bles obras del arte renaciente de España. Fué construído á principios del siglo XVI, y perteneció á la inclita orden de caballería de Santiago. Es edificio de amplio trazado, elegante en sus líneas y precioso en su ornamentación; por su suntuosidad y riqueza puede competir con los más hermosos edificios platerescos de nuestra patria. Hoy casi puede decirse que está completamente abandonado. Este convento sirvió de prisión al gran Quevedo, el cual, por males de los pecados del Conde-Duque, adquirió en esta húmeda cárcel la enfermedad que le llevó á la tumba.

En el claustro bajo, que es bellísimo, y en una estancia contigua, tiene su museo arqueológico la comisión leonesa de monumentos históricos y artísticos; este museo es una preciosa colección de antigüedades de aquella tierra, entre las que merecen ser vistas las lápidas romanas, un rarísimo Crucifijo bizantino y una maravillosa cabe-



SAN ISIDORO



CONVENTO DE SAN MARCOS

za de San Francisco, tallada por el famoso escultor Cardona.

Hay además en León otros muchos monumentos dignos de parar la atención del viajero: tales son las murallas romanas con sus cubos y su torre de los Ponces, la casa del Ayuntamiento, el Consistorio, la casa de los Guzmanes (hoy de la Diputación provincial), el palacio del conde de Luna y otros de menor importancia.

Quien desee visitar la vieja ciudad de León para recrearse contemplando obras de arte exquisito, tenga la seguridad de que no perderá el viaje.

PEDRO DE ESLONZA.

LOS ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA

Recordar ó dar á conocer al público español aquellos compatriotas nuestros que en el extranjero hacen honor á nuestra patria, y fuera de ella alcanzaron lugar distinguido con su talento y su trabajo, es lo que nos proponemos en la serie de semblanzas ilustradas que vamos á publicar en el SUPLEMENTO ILUSTRADO DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Queda en la sangre española el humor de aventuras y conquistas que nos legaron los compañeros de Colón, Hernán Cortés, Pizarro, los tercios de Flandes y nuestros soldados de Italia.

La afición á *ver mundo*, la noble fiereza de nuestro carácter, siguen impulsando á muchos de nuestros hermanos á buscarse la vida y la fama allende el Pirineo y allende los mares, y á procurar, donde quiera que se establecen ó por donde quiera que pasan, ocupar honroso puesto entre los de su mismo arte, su misma profesión ó su mismo oficio.

Y es cosa por demás curiosa y consoladora ver el triunfo del español en estas pacíficas conquistas del talento, el saber y la perseverancia en suelo extranjero.

A poco que se viaje y se observe, salta en seguida á la vista que allí donde hay una colonia española es ésta la más brillante por todos conceptos.

Si empezamos por fijarnos en París, centro intelectual de Europa—y bien pudiéramos decir del mundo—*mercado* animadísimo de *todo* y de *todos*, vemos en seguida que nuestra colonia está casi exclusivamente compuesta de notabilidades.

Las mujeres son las más hermosas, los salones de nobles ricos y ociosos españoles aquí establecidos son de los más selectos y elegantes.

En artes, los *nuestros* ocupan las primeras, filas igualando en pintura y escultura—cuando no los sobrepujan—á los más admirados y cotizados franceses ó extranjeros que aquí viven. Con recordar, al correr de la pluma, sin orden de preferencias ni categorías—pues en ese mismo amable desorden se ha de hacer esta publicación de semblanzas—una docena de nombres como Raimundo Madrazo, Urrabieta-Vierge, Domingo, Llaneces, Checa, Gisbert, Méndez, Barrán, Alonso-Pérez, Sala, Alvarez, Roselló, María Luisa de la Riva, Fabrés, Domingo Muñoz, Luque, Obiols, Morales de los Ríos, Rusiñol y tantos otros, se demuestra lo justo de nuestra afirmación.

En la música, Sarasate, verdadera gloria nacional española, recorre el mundo conquistándolo con las incomparables notas de su violín, mientras en este Conservatorio de París no se pasa un año sin que un español ó una española se lleven un primer premio por lo menos de los pocos que con tanto y tanto talento se disputan.

La Academia Francesa ha abierto de par en par sus puertas para recibir á un español, José María de Heredia, considerado como uno de los primeros poetas de Francia.

En la facultad de medicina de París, uno de los profesores más jóvenes y cuyas oposiciones á la cátedra han sido más brillantes, es un español, el sabio doctor Albarrán.

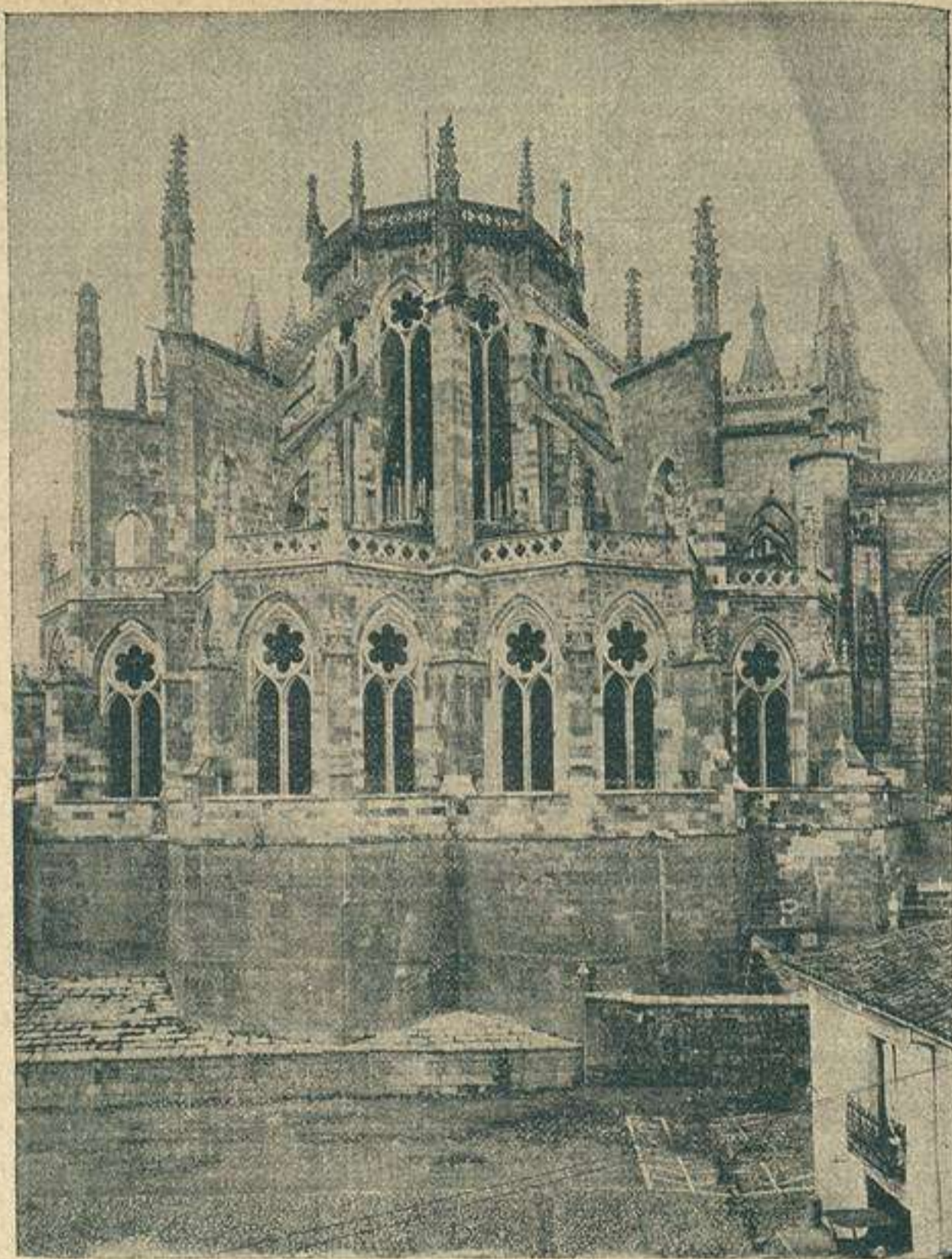
Y así en todo. Donde aquí haya un español, sino es el número uno, está en primera fila.

El mejor dentista de París, el doctor Amoedo, que ha llegado á plantar dientes *de veras* en las encías de quien los perdió, es español.

El empresario más popular de París, Oller, catalán.

El mejor zapatero, Costa, valenciano.

La primera bailarina de la Opera, Rosita Mauri; española como ella una de las primeras tiplees del mismo gran teatro, Consuelo Domenech.



ABSIDE DE LA CATEDRAL DE LEÓN

Un aragonés, Berchili, dirige el Gran Hotel y el café Riche, dos de los primeros establecimientos en su género.

En la banca, en la Bolsa, en la industria, en el comercio, los españoles en París establecidos son de los más respetados, de los más fuertes ó de los más ingeniosos y activos.

¡Qué más diremos!... Hasta en el mundo, ó *medio mundo*, de la galantería, ¡había de ser una española, la Otero, quien más ruido hubiera hecho y más lujo ostentase de veinticinco años acá en esta moderna Babilonia!

Está visto, que donde quiera que vaya un español ó una española, no hay quien se le ponga por delante.

Y lo que acabamos de apuntar sobre la colonia española en París, pudiéramos repetirlo desde Londres, Roma, Berlín, etc., y así nos proponemos hacerlo, si Dios nos da vida y espacio, de los españoles en esos países establecidos.

Justo es, pues, ya que todos estos hermanos nuestros tan alto mantienen el nombre español por esos mundos de Dios, que los recordemos con gusto, si su nombre no ha cesado de sonar en nuestra patria, que los demos á conocer si la fama de que gozan la conquistaron íntegra fuera de ella.

Un bosquejo de las luchas y los triunfos que en el extranjero sostuvieron y alcanzaron, de como por aquí viven, cuanto se les aprecia y como se les considera. Boceto á la pluma del hombre íntimo, que yendo acompañado de su fotografía y de una muestra de su talento—la reproducción de una obra, un apunte inédito del pintor ó el escultor; un autógrafo del músico ó del literato; una receta, una idea ú opinión propia del hombre de ciencia; un consejo, una observación, en fin, que al oficio ó la profesión de cada uno de ellos se refiera, dado por ellos mismos—tendrá seguramente un interés muy superior y un valor infinitamente más grande que el que nosotros solos pudiéramos darle á este trabajo emprendido bajo la inspiración de una idea que creemos patriótica, de justicia y de sincera y entusiasta confraternidad.

París, marzo, 1896.

RICARDO BLASCO.



Sediento llegué á tu puerta
y tu mano me dió agua,
pero al apagar mi sed
bebí el amor que me abrasa.

Cuando el son de la campana
anuncie tu casamiento,
en la misma iglesia, otra
doblará para mi entierro.

No pongas á refrescar
en tu ventana la jarra,
ponla cerca de tu pecho
y pronto se helará el agua.

A misa no voy contigo
que pierdo la devoción,
rezo—bendita tú eres—
y te nombra el corazón.

A misa voy siempre al Carmen,
y al tomar agua bendita,
por tí, á la Virgen le pido,
que aplaque del mar las iras.

Pescando paso la noche,
y cuando miro á la playa,
una luz que en ella brilla
me dice, que tú me aguardas.

Niño tu nombre aprendí,
y el pecho lo quiso tanto,
que aún ahora lo repite
que tengo el cabello blanco.

RAFAEL DE MEDINA

Que me vendiste se cuenta
y añaden para su daño,
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

Casi te lo agradecí
cuando el engaño toqué,
pues si loco me acosté,
filósofo amanecí.

¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,

y el no descansar, pensando
cómo los demás descansan!

Si ayer tropecé bastante,
hoy tropiezo mucho más;
antes mirando adelante,
después mirando hacia atrás.

CAMPOAMOR

Por los ojos de tu cara
no llegues á convecarme
que no sientes lo que hablas.

¿Quién dejará ante mi fosa
cuando por mi pida á Dios,
en una flor una lágrima,
en un beso un corazón?

Anda y cuéntale á tu madre
tus sufrimientos, morena;
¡si ella no te da consuelo
déjate morir de penal!

Las penillas de mi alma
se parecen á las olas,
que apenas una se rompe
cuando me amenaza otra.

En materia del querer
nada los sabios me enseñan,
que aprendo más en tus ojos
que en todas las bibliotecas.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

LA NIÑA Y EL GATO

Una niña á su gato
le dijo un día:
—¿De quién es el cariño
del alma mía?
Y ¡oh desvarío!
el gatito maullando
le dijo:—Mío.
—¿A quién sino á tí sólo
sirve de lecho,
con su calor suave
mi tierno pecho
si tiene frío?
¿De quién es mi regazo,

de quién es?—Mío.
—¿Para quién mis caricias,
tengo guardadas?
¿Quién te duerme en sus brazos
en las veladas?
Dí, si sonrío,
mi beso de contento
¿de quién es?—Mío.
Pasáronse los años
entre delicias;
pero la niña al gato
no hace caricias.
—¡Ah!—dice;—¿en dónde
está mi bien?—Y el gato
ya no responde.
Ha perdido la joven
ya su alegría,
y llorando, á su gato
le dice un día:
—Dí, mi albedrío
¿de quién es?—Más el gato
no dice: *Mío*.
¡Pobre gatol! Los celos
diz que dan muerte;
á tu dueño le debes
tan cruda suerte.
De su desvío
sólo decir ya puedes



maullando:—*Mío*.
Más aprended del gato
tiernos amantes,
que nunca las mujeres
fueron constantes.
Y es desvarío
el amor de una niña
llamarlo mío.

X

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO MATHEU

De un mismo rosal, la muerte
entretrejió dos coronas:
de flores formó la una,
de espinas hizo la otra.
Besando tu blanca frente
marchitáronse las hojas;
en mi corazón clavadas
están las espinas todas.

M. DE LA REVILLA

OCÓN.



LA ÚLTIMA OLA



EL SACAMUELAS

Grupo escultórico premiado con la primera medalla, en la última Exposición Nacional de Bellas Artes



LOS PRIMEROS PENDIENTES

Obra premiada con la segunda medalla, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.

CIPRIANO FOLGUERAS Y DOIZTUA

Es natural de Oviedo. Fué pensionado por la Diputación de su provincia.

Comenzó sus estudios en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, donde siempre obtuvo las mejores calificaciones, siendo á la vez discípulo particular del eminente escultor D. Jerónimo Suñol.

Concurrió por primera vez á certámenes en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884, en la que obtuvo, por la estatua titulada «Orestes perseguido por las furias», medalla de tercera clase.

En este mismo año le fué prorrogada su pensión en Roma, donde en calidad de envíos, ejecutó diversos trabajos, siendo uno de los más notables la estatua del «Celta ó Astur», que en la actualidad se halla en la sala capitular de la basílica de Covadonga.

De vuelta de Roma se estableció, ya definitivamente, en Madrid, para llevar á cabo varios trabajos que le habían sido encargados, entre los que recordamos las estatuas de la «Comedia» y la «Tragedia»,



CIPRIANO FOLGUERAS

que decoran la fachada principal del teatro de Campoamor, de Oviedo; el monumento erigido en Llanes á D. José Parres Piñera; el panteón del Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Anzó y el mausoleo de los señores Masaveu.

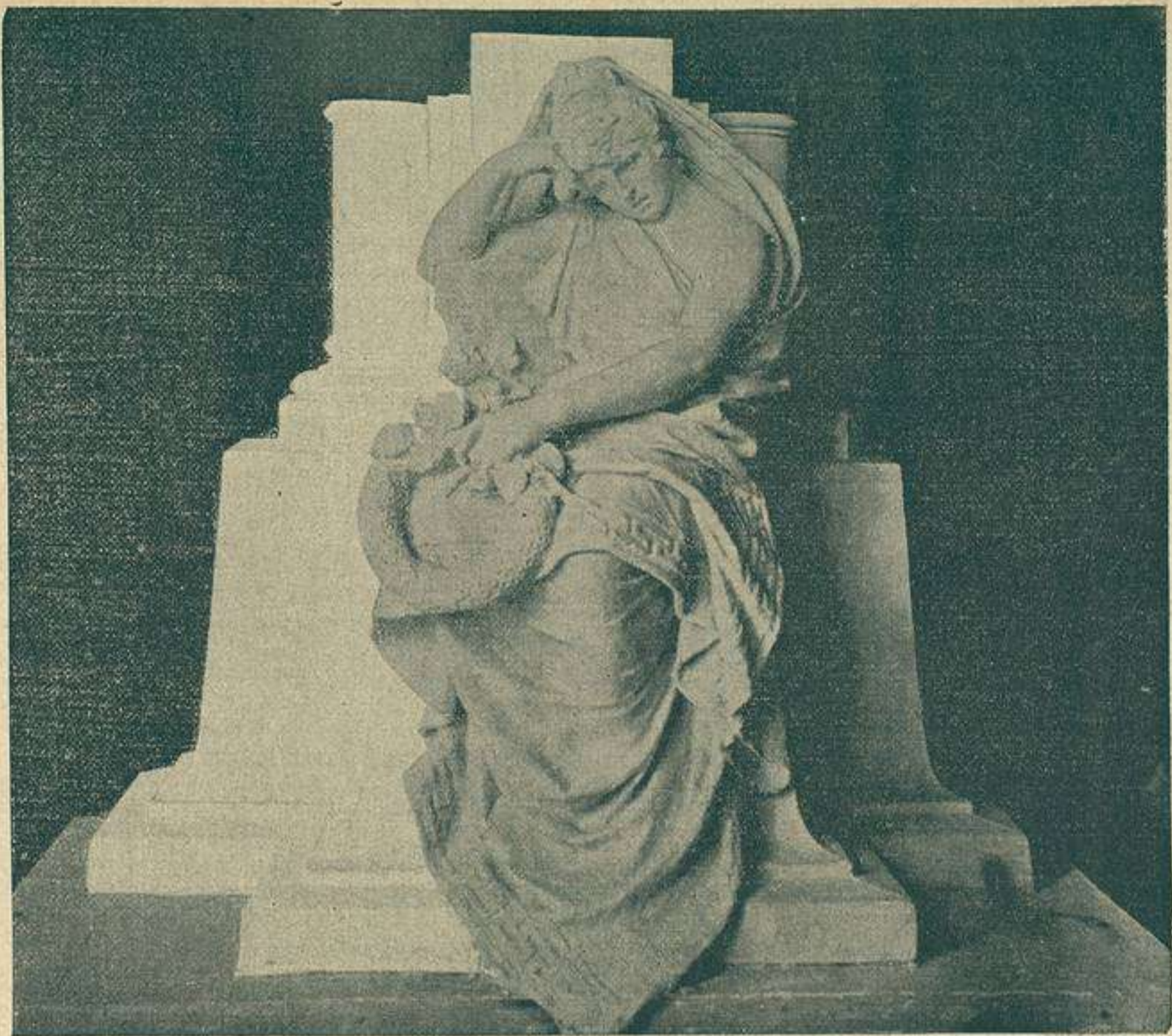
En la Exposición de Bellas Artes de 1890, presentó el grupo titulado «Los primeros pendientes», que fué premiado con medalla de segunda clase. Con este mismo grupo obtuvo otra medalla de primera clase en la Exposición Universal de Chicago.

En la última Exposición nacional de Bellas Artes alcanzó otra medalla de primera clase por el grupo «El sacamuelas».

Recientemente ha terminado el boceto que reproducimos, de la estatua que ha de decorar el monumento conmemorativo á las víctimas de la catástrofe del *Machichaco*, proyecto, que sentimos no poder publicar, del Sr. Lavin Casalis, arquitecto municipal de Santander, y actualmente trabaja con *amore* un grupo que ha de decorar la escalera principal del palacio del opulento banquero D. Antonio Herrero.

Muy en breve dará principio al monumento del cardenal Valdés, que se ha de erigir en la Universidad ovetense.

La lista, harto incompleta de obras y distinciones que antecede



Boceto de la estatua que ha de decorar el monumento erigido en Santander para conmemorar la catástrofe del «Machichaco»

da exacta idea de los méritos de Folgueras, que muy joven aún, ha escalado por su solo esfuerzo las cimas á donde se llega generalmente despues de cruelísimos combates y con el alma y el cuerpo cansados y maltrechos: tal es el temple de su inspiración y la solidez excepcional de sus facultades.

Fijense nuestros lectores en los fotograbados que damos en el presente número, y verán en los «Primesospendientes» y en «El sacamuelas» al artista que siente las tendencias realistas de su tiempo y las esculpe concienzudamente con modelado lleno de vigorosa verdad, y admirarán la maestría con que está salvado el pie forzado de la colocación y de las dimensiones en la estatua para el monumento erigido en Santander en conmemoración de la catástrofe del *Machichaco*, la justa expresión de la dolorida matrona, la elegancia y originalidad de sus líneas y la blandura y delicadeza del modelado.

Es, pues, Cipriano Folgueras un artista completo, que domina todos los géneros, que concibe siempre con alteza y seriedad y siempre ejecuta con conciencia.

El porvenir le reserva grandes triunfos que confirmarán los ya obtenidos, y no serán, en definitiva, sino justo premio á su entusiasmo artístico y á sus excepcionales y eminentes cualidades.

Folgueras posee instrucción sólida y extensa; es modesto, con la modestia sincera y sana del que tiene conciencia plena de sus facultades; pero que no se engríe con el aplauso, ni se duerme con la lisonja; es sencillo, franco y espontáneo en su conversación, y es verdadero sacerdote que rinde culto

al arte, sin tener jamás presentes los mil halagos del mercantilismo, que tan facilmente seducen á espíritus no tan fuertes y elevados como el suyo.

En Folgueras vale tanto el hombre como el artista, y el que visita su estudio, si sale admirado del artista nervioso é inquieto que modela con facilidad y rapidez, sin servirse casi nunca más que de sus dedos, que al par que trabaja habla y piensa en sus obras embrionarias aún, teniendo en tensión casi permanente su espíritu, no queda menos encantado de aquel asturiano culto, vivo y amable. El que le habla una sola vez es su amigo para toda la vida.

VERGER

Carlos Verger nació en París y adquirió nacionalidad española.

Ha hecho sus estudios en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, donde consiguió el título de profesor de dibujo.

Tiene veintitrés años. De él solo puede decirse que, si no desmiente el entusiasmo conque ha empezado su carrera y la seguridad conque ha dado en ella sus primeros pasos, llegará pronto y lejos. Alguna garantía de que esta predicción nuestra no quedará defraudada la encontramos en su abolengo artístico: es hijo del eminente cantante Napoleón Verger, á quien seguramente han oído y aplaudido todos nuestros lectores.

La tablita al óleo que reproducimos en la primera plana de este número acusa verdadera distinción y buen gusto.

Que nuestro modesto aplauso le sirva para acometer obras de más empeño, para lo que tiene indudables aptitudes.



CARLOS VERGER

EL BESO MALDITO

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

Visitaba yo en Valladolid el año 76 el manicomio en que se hallaban los locos que corren por cuenta de la Diputación de Vizcaya.

Había ya recorrido gran parte de aquel espacioso establecimiento sin que llamase mi atención otra cosa que el esmero y cuidado con que están atendidos aquellos pobres enfermos del cerebro, cuando llegamos á un departamento donde se hallaban ocho ó diez de esos desgraciados.

Chocóme ver á un joven de arrogante presencia y de mirada torva y extraviada en un constante movimiento de brazos. Llevaba las manos á la frente y las retiraba vertiginosamente; y lo hacía con tanta frecuencia que mareaba sólo el verle. Gracias á que tenía puestos ó, mejor dicho, atados unos guantes de badana, muy semejantes á los que se usan en las salas de esgrima, y una venda liada á la cabeza, con la que cubría su frente; gracias, digo, á esa precaución, no podía hacerse daño ninguno.

—Este infeliz—dije al guía que me acompañaba por orden del director—debe, por lo que se ve, darse de bofetadas en la cabeza, y se las evitan ustedes con lo guantes esos.

—No, señor—me replicó aquél—; la locura de este joven paisano de usted, pues es vizcaíno, tiene una historia bien triste é interesante seguramente. No es que se pegue, como usted ha creído, no, es que se araña, que se desgarrá la frente. Por eso se le han puesto esos guantes y esa venda. Por lo demás, es inofensivo para las gentes.



—¿Tendría usted inconveniente en contarme la causa de su locura?

—No, señor, antes al contrario; se la referiré á usted con mucho gusto. Es un episodio de la guerra civil, muy interesante, como va usted á oírlo.

Y allí mismo, en presencia del protagonista de la historia esta, me la refirió mi *cicerone* del modo siguiente.

*
*
*

—Al término de la batalla de Somorrostro, á la caída de la tarde del 30 de abril de 1874, cuando apenas sonaba ya alguno que otro tiro, sosteníase, no obstante, una reñida lucha junto á los derruidos muros de una casa acerbillada á balazos.

Allí, entre aquellas ennegrecidas paredes, seguían batiéndose cuatro hombres que, ciegos por el furor de que se hallaban poseídos, se comprendía que preferían morir á darse por vencidos.

Al frente de ese puñado de valientes se hallaba ese joven que ve usted ahí, Lorenzo Zaldívar, cabo en uno de los batallones carlistas que acababan de ser derrotados.

Solos, aquellos cuatro hombres, rodeados de gran número de soldados del ejército liberal, sin esperanza alguna de socorro, defendíanse tenazmente, animados por las voces de mando que les daba el joven Lorenzo.

Muy pronto mermó el número ya exiguo de aquellos temera-

rios. Dos de ellos cayeron mortalmente heridos, y poco tiempo después un tercero fué hecho prisionero por la espalda.

Quedaba solo Lorenzo. Parapetado tras de un muro, cargaba y descargaba frenéticamente su fusil, y un disparo suyo era contestado por diez ó más de sus enemigos. Llegó el instante en que al echar mano á la cartuchera para sacar el cartucho, viera que sólo le quedaba uno. Cargó el arma con él y esperó impasible á que hubiese algún enemigo más osado, para descargar su arma á boca de jarro.

Avanzó, efectivamente, un joven alférez que, con pistola en mano y apuntándole al corazón del carlista, le dijo:

—¡Ríndete, ó te mato!

Antes de que el oficial pudiera cumplir su amenaza, levantó el carlista su arma y la disparó contra su enemigo á quemarropa.

Cayó éste de espaldas, lanzando un ¡ay! al tiempo mismo que una bala de las muchas á que servía de blanco, atravesaba un muslo del carlista, obligándole á poner una rodilla en tierra, en cuya posición fué hecho prisionero.

Libertóse de una muerte cierta, porque el jefe que mandaba aquel pelotón de soldados, entusiasmado del valor desplegado por Lorenzo, prohibió que se le hiciera daño alguno y ordenó que se le condujera en unas parihuelas al hospital de sangre.

Lleváronsele, efectivamente, á Castro, y al tiempo mismo que le colocaban en una de las pocas camas que quedaban vacías de entre el sinnúmero ya ocupadas por los heridos de las jornadas de

aquellos días, colocáronle también en otra cama, junto á la suya al desgraciado alférez á quien él hirió de muerte.

No faltó quien dijera á Lorenzo que aquel que á su lado estaba próximo á morir, era el enemigo sobre quien había disparado el último tiro, por lo que los apagados ayes del desgraciado oficial parecían que repercutían en su corazón.

Noble y generoso, Lorenzo recordaba con dolor su última hazaña, y hubiera de buen grado, creo yo, cambiado su herida, que no era de cuidado, por la mortal que aquejaba al que fué su enemigo.

Llegó la noche del segundo día en que fueron llevados aquellos dos hombres la hospital, y llegó, al parecer, el momento en que el oficial iba á exhalar su último aliento, cuando de pronto se presentó una mujer, joven aún, pues representaba tener pocos más de treinta años, la que, pálida, desgredada, con los ojos fuera de su órbita é inyectados de sangre, se arrojó ciega sobre el soldado carlista, estampándole, frenética, un sonoro beso en la frente.

—No, no es ése—le dijeron los que estaban á su lado— es este otro;— y le señalaron la cama del oficial.

Volvióse bruscamente la mujer aquella hacia la cama de este último é hizo lo mismo que había hecho con Lorenzo, gritando, cuando pudo hacerlo, en el colmo de la desesperación:

—¡Hijo de mi alma!

Y en aquel mismo instante daba éste la suya al Creador, exhalando el último aliento.

Cogieron á la madre las personas que presenciaron aquel horrible cuadro y la sacaron de allí casi á la rastra.

Desde el instante mismo que sintió Lorenzo la impresión del beso que le dió la pobre madre, creyó que ardía su frente, y pidió á gritos que la mojaran con agua, sin que por esto consiguiera refrescarla.

De nada valían las reflexiones que le hacían los que acudían á sus voces. Lorenzo se arañaba la frente para arrancarse, según él decía «el beso maldito» que le abrasaba, acabando, frenético, por desgarrarse la piel.

—Ahí le tiene usted, diciendo y haciendo lo mismo desde el día 2 de mayo de 1874.

Y efectivamente: Lorenzo Zaldívar llevaba las manos á la frente una, dos y más veces por segundo, y repetía á cada instante.

—¡Ah! ¡El beso maldito!

ARGOS.



Carmencita

CUENTO TRISTE

Carmencita era una niña rubia como un ángel. En su carita redonda y sonrosada, y en sus rasgados ojos de dulce y picaresca mirada, había tal inocencia y candor tan simpático, que pocos eran los que al verla no sentían el vivo deseo de hacerse amar de la hermosa niña y merecer una de sus caricias.

Carmencita, sin embargo, no era vivaracha, ruidosa y aturdida como suelen ser las niñas de su edad. Muy al contrario, reflexiva, modesta y sosegada, no se entregaba a la expansión de los juegos infantiles de sus compañeras con el bullicio y algarabía que les eran propios, sino con cierta seriedad y compostura que parecían dar á sus cinco años la reflexión y madurez de los veinte.

Eramos muy amigos. Y recuerdo que este título no me lo conquistaron golosinas, estampas y muñecos; lo fuimos porque le demostré cariño sincero desde el primer día, y tal vez porque encontraba ella cierta afinidad en nuestros caracteres á causa de ser el mío poco bullicioso y algo tristón.



¡Qué ratos pasábamos juntos! Con la simpatía de la niña hacia mí creció su confianza y ya se conducía y hablaba conmigo como con su madre; con aquella gracia y viveza de los pocos años que formaban delicioso contraste con la gentileza de su porte y la natural formalidad de sus ademanes. Su charla, entonces cándida y grave al par, constituía el mayor de sus encantos y yo me complacía en oírla contar, sin interrumpirla nunca, las travesuras y castigos de sus amiguitas, con la severidad que le inspiraba su natural convicción de que no había de cometer las unas ni merecer los otros.

Todo hablaba en ella: los gestos de su cara, la vivacidad de sus

ojos, las actitudes de su gentil cuerpecillo y el discreto accionar de sus manos, y con todo ello comunicaba tal realce á sus palabras inocentes, que admiraba por su fuerza de expresión á cuantos una vez la oían.

Nuestras conversaciones eran muy cortas; cuando yo estaba más embozado oyendo los donaires de la niña sentada en mis rodillas, me daba un beso tan puro como su alma, y exclamaba marchándose corriendo:

—Voy á ver los papás.

Esta era su pasión, pero llevada hasta el delirio. No podía vivir separada de ellos y cuando dejaba de verlos algunos días, advertíase en su rostro y en sus expresivos ojos una tristeza y un desconuelo que causaban amarga pena.

Los sinsabores y las alegrías de sus padres retratábanse de tal suerte en la cara angelical de la niña, que bastaba mirarla para conocer el estado de los que le dieron el ser. Quizás era un poco celosa del amor de estos hacia sus hermanos, pero jamás lo reveló, y con tal de que á ella la miraran y acariciasen también, hallábase contenta y en completa posesión de aquella placidez y serenidad que tanto enamoraban.

Su extremada sensibilidad era, no obstante, lo que á todos nos inspiraba más cuidado, y el viejo médico, singularmente, que la recibiera en sus brazos al nacer, y que adoraba como el que más á la gentil personilla, movía preocupado la cabeza y nos hacía siempre tristes reflexiones sobre la precocidad y el sentimiento de los niños.

Vivía Carmencita en un pueblo de la sierra, situado en lo alto de un cerro desprovisto de toda vegetación, pueblo famoso en la historia de la edad media, pero de cuyas grandezas sólo quedaban los cimientos de la triple muralla que tuvo un día, el gran arco romano de la entrada que conmemoraba un triunfo y un montón de casas irregularmente construidas y que parecían arrojadas al azar con el propósito de que no hubiese más que calles estrechas y torcidas y alguna plaza irregular aunque desahogada.

Allí, cerca de la monumental iglesia, cuyas campanas tocaban solas a lo mejor de la noche, movidas por el violento huracán de la sierra, del que ninguna vecina altura las resguardaba—en una inmensa casa solariega con honores de palacio, habitaban los padres de la niña de mi cuento y allí la conocí yo hace ya muchos años durante los calores del estío, que en medio de aquellas montañas se dejaban sentir apenas.

Deberes ineludibles obligaron un día al padre de Carmencita á salir del pueblo en que residía, acompañándole su madre y dejando allí con sus abuelos á la niña y á sus hermanos, á excepción del más pequeño que se llevaron.

El pesar de Carmencita fué grande en el momento de la partida; sólo pudieron calmarla con la promesa de que volvería pronto el hermano y se la llevarían á ella. Con esto y los mimos de sus abuelos, aunque con alguna nube de tristeza de vez en cuando, pasó la niña resignada un mes y otro mes.

Peró llegó el tercero, regresó el pequeño hermano, y en lugar de Carmencita fué con los papás la hermana mayor. Entonces ya el amante corazón de la pobre criatura se desbordó; aumentaron sus tristezas, creció su desaliento y poco á poco su tez sonrosada fué palideciendo y apagándose el brillo de sus ojos como si estuviera consumida por la pena más aguda.

Huía de toda clase de distracciones; parecía no advertir la solicitud y el cuidado de que era objeto por parte de sus abuelos que entrañablemente la querían; y buscaba la soledad y el retiro, como si en éste hubiera de ver con los ojos del alma la imagen de sus padres y encontrar en ellos el cariño y la ternura que eran toda la savia de su vida.

Un día desapareció. Buscáronla por todas partes en la casa, recorrieron las calles vecinas, preguntaron á las amiguitas; en ninguna parte la encontraban ni sabían de ella. Llegaron, en fin, al antiguo é inmenso caserón que fué un tiempo señorial palacio de aristocrática familia, envejecido al presente por los años y el abandono; cruzaron el espacioso patio cuadrangular que adornaban alrededor fuertes arcadas de sillería; subieron la amplísima escalera y en un ángulo de la cuadrada galería principal ante la vieja puerta gris del cuarto donde vivió con sus padres y que desde su partida se hallaba cerrado, allí estaba Carmencita, muda y angustiada con los ojos llorosos, sentada en el suelo y apoyando

su tierno cuerpecillo y la blonda cabecita en aquella puerta querida, resumen para ella de todas sus inolvidables alegrías y venturas.



MODAS QUE FUERON



Gran toilette del siglo XV.

¿Quién osa negar que la moda, á más de historia, tiene su correspondiente novela?

Nadie; nadie, sí, que recuerde los curiosos episodios registrados en los anales de la coquetería femenina; nadie, repito, que quiera tomarse el agradable trabajo de evocar la memoria de aquellas románticas presumidas, atractivas, singularmente poéticas unas, y antipáticas las otras. Estas, dada su exageración, no fueron sino hojarasca que revuelve el torbellino; aquéllas, en cambio, cual preciosas flores que acaricia el céfiro, embalsamaban el aire con el perfume de su modesta belleza; mientras las otras ¡peligrosas sirenas! sólo conseguían dar fuerza á los severos argumentos del ya nombrado hermano Tomás...

PASO AL RENACIMIENTO



Traje-hopalanda «historiada».

(SIGLO XV).

A la altura de la cara, su mano derecha permanecía extendida sobre la puerta, y el desconsuelo pintado en sus facciones decía bien claro lo que sus labios obstinadamente callaban, que había llamado esperando que sus queridos papás hubiesen vuelto.

Desde entonces, á pesar de la vigilancia ejercida sobre ella para evitar sus melancolías, crecieron éstas y fué más rápido también su decaimiento; no se la oyó exhalar una queja, pero tan pronto como hallaba ocasión oportuna corría á la casa y junto á la querida puerta, siempre en la misma actitud, llamaba á sus padres en voz muy baja, entrecortada por los sollozos, que desgarraban su pecho y humedecida por las lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas.

¿Qué pensamientos asaltarían el alma de la pobre niña, toda corazón? ¿Qué no sentiría en aquellos breves instantes de soledad amarga, recordando tal vez las alegrías de la vida feliz con sus padres y comparándolas con el presente desconsuelo de su ausencia?

Todo fué inútil. El viejo doctor, más conmovido y preocupado que nunca, se confesaba impotente ante aquella pasión de ánimo en una niña de cinco años y las demostraciones del más acendrado cariño que le prodigaban, nada influían en el alma infantil que devoraban la soledad y el ansia del cariño materno. Cuando éste, advertido del daño quiso acudir con el remedio, ya no era tiempo.

En una tarde muy fría encontraron á la niña sentada en la puerta de su antigua casa y apoyando en ella el tierno cuerpecillo y la blonda cabecita. Sus manos caían abandonadas sobre la falda blanca, y en sus mejillas descoloridas y mustias por la fiebre, brillaban aún dos lágrimas, las últimas que se desprendieron de sus ojos al repetir en voz baja la vez postrera á sus padres que viniesen por ella.

Creyérola dormida en aquel para ella rincón adorado de la espaciosa y vetusta galería, por cuyas ventanas, carcomidas y rotas penetraba con la nieve y la lluvia el cierzo del Moncayo; pero el amante corazón de Carmencita no latía ya: su cuerpo, aún tibio, no era más que un despojo, y su alma inconsolable atravesaba el espacio en busca del amor paternal que le faltaba en la tierra.

¡Pobre pequeña! Cruzó por el mundo sin oír más que bendiciones; las primeras lágrimas que hizo derramar fueron las de su muerte!

Desde entonces entre mis recuerdos imborrables guardo como el más dulce el de la cándida y poética niña que se murió de tristeza imaginando que sus padres no la querían.

MOISÉS GARCÍA MUÑOZ

Sólo con tener á mano una docena de retratos de las más célebres y elegantes mujeres de distintas épocas; retratos de reinas más ó menos *auténticas*...; grandes señoras unas, grandes favoritas otras, con esa docenita, ó poco más, insisto, podríamos *historiar* y *novelar* la moda.

Bastaría para ello con fijarnos en aquellas beldades que se llamaron Inés Sorel, Diana de Poitiers, la reina Margot, Gabriela d'Estreess, Marión Delorme, la Montespan, la Maintenon, madame Pompadour, María Antonieta, Mme. Tallián, la emperatriz Josefina, etc., etc.

No olvidemos á Isabel de Baviera, la graciosa y flamante consorte de Carlos VI, reina de Francia, de la moda, de todas las fiestas, y reina también de la guerra... ¡Oh, vanidosa y soberbia *Isabeau!* ¿Fuiste, como dicen, el figurín de Inés Sorel, la famosa *dame de beauté* de Carlos VII?

De sobra sabéis, lectoras, quién fué este monarca: *Indolente* por naturaleza, *Victorioso* por casualidad, gustaba de pasar la vida de fiesta en fiesta, y así hubiera continuado y dado al traste con su reino, á no ser porque la voz de Juana de Arco despertó en casi todos los corazones el dormido patriotismo; y ella logró, gracias á su heroico y sublime entusiasmo, reconquistar gran parte de lo perdido. En tanto, otra mujer, ni santa ni admirable, intentaba continuar la obra de la virtuosa y abnegada doncella de Orleans; y esa mujer, de rubios cabellos y azules ojos, de peregrina hermosura, no es otra que la mencionada Inés Sorel, «prodigio de belleza», según sus coetáneos; mujer que, por el poderoso ascendiente de tantos hechizos, consiguió más tarde que su apasionado Carlos luchara cuerpo á cuerpo con los ingleses y recuperase el resto de sus dominios. Venció, pues, la flor de lis, y Carlos VII fué el *Victorioso*...

¡El eterno femenino! ¡Poderoso influjo el suyo!... ¡Y menos mal cuando lleva á la victoria!

La de este rey fué algo costosa, no precisamente por la guerra en sí, sino porque todo dinero era poco á sufragar los gastos de la Sorel, que necesitaba, no uno, sino varios tesoros para innovaciones y coqueterías. Pero con decir «Inés lo mauda», según reza antiguo y conocido romance, ya estaba dicho todo; y lo mismo iba

Carlos á la pelea que satisfacía los menores caprichos de su amada.

La heroica doncella, la incomparable Juana (con quien tan desagradecido é ingrato fué este monarca), sin pensar más que en su Dios, en su patria y en su rey, era modesta y recatada, cual correspondía á sus virtudes, y sólo cambió el traje de lugareña por la coraza, que sirvió de poderoso imán á nobles y guerreros.

Inés, por el contrario, empleó otras artes; y en vez de coraza eligió corpiños excesivamente descotados, idiendo á cada paso nuevas y más provocativas hechuras. Y aunque no guerreó como aquella, cuentan que acabó sus días en plena batalla, cuando se obstinó en seguir al rey durante la reconquista de Normandía.

La corte de Borgoña, rival en fausto y en todo de la de París, fué la que introdujo usanzas extranjeras, y dominaron entonces las modas flamencas.

Ultima época esta de los trajes Edad Media, postrer reflejo de tantas magnificencias.

Las amplias hopalandas, lo mismo en hombres que en mujeres, tenían algo de cortinaje ó colgadura; bajo sus complicados pliegues desaparecían por completo las líneas más ó menos esculturales del cuerpo.

Y así, tras un periodo de transición, viene por sus pasos contados el Renacimiento.

Antes de ocuparnos de esta época, cuántas cosas interesantes pudiéramos decir respecto de los atavíos y adornos que usura la mujer de la Edad Media. Cuánta riqueza desplegada en aquellos trajes de gala, hechos de soberbias telas y espléndidamente ornados.

Otro tanto puede asegurarse con referencia á las *toilettes d'intérieur*, de viaje y de caza. Estas últimas, sobre todo, eran modelo de elegancia, siempre (claro está) que fueran airoas y distinguidas las damas que así vistieran y supiesen lucir el garbo y la gentileza, ya cabalgando (como era lo propio) á mujeriegas en la bien enjaezada mula, ya á horcajadas (que era lo impropio) sobre el manso palafrén, sin prescindir del halcón en la mano, por supuesto.

S.

LA QUINCENA CICLISTA

EN LO QUE ACABARA TODO ESTO

Empezaré dando cuenta del *match* que corrieron el sábado pasado en la carretera de El Parlo entre el equipo Casa Alta-Perinat y Luis del Campo y Emilio Martí, en sencilla.

Muchos ciclistas acudieron á presenciar este interesantísimo desafío, que ganaron con muchísima habilidad, por un largo de bicicleta los señores Martí y del Campo.

Dentro de breves días se inaugurará un nuevo establecimiento de bicicletas en una de las calles más céntricas de Madrid, y á cuyo frente estará mi buen amigo el distinguido ciclista D. Guillermo Green.

La marca que representa es la renombrada *New Rapide*.

La bicicleta cuenta cada día con mayor número de devotos, y, sobre todo, su gran triunfo pónese de manifiesto ahora que ya tenemos el buen tiempo de nuestra parte.

Los que duden no tienen más que ir al retiro cualquiera de estas hermosas mañanas, que por lo alegres más parecen mañanitas de abril que de marzo.

Allí corren por las alamedas innumerables ciclistas, y raro es el día que no se cuentan veinte ó treinta señoras y señoritas entregadas al *sport* de moda.

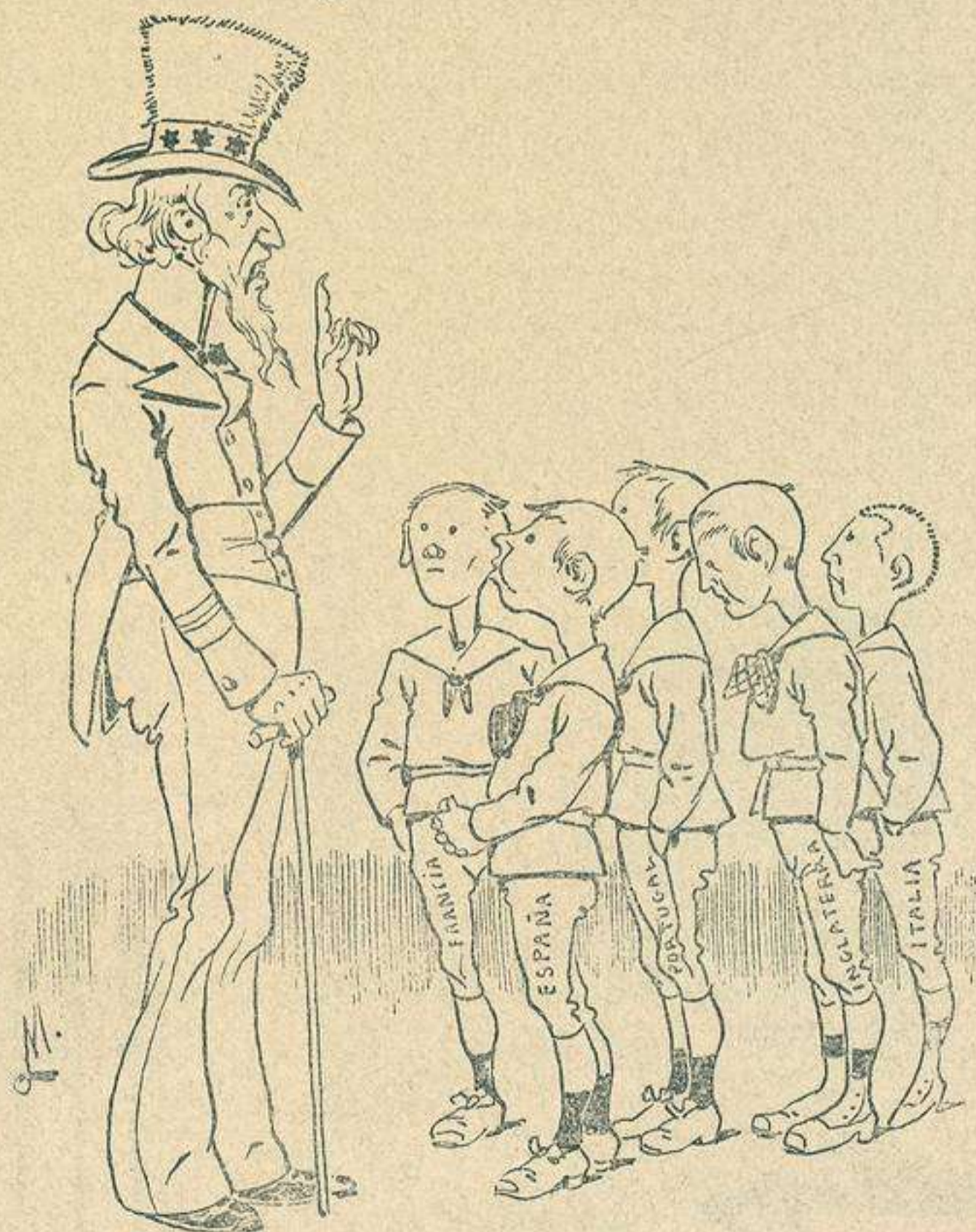
El periódico *La Bicicleta*, de Barcelona, se ha fusionado con *El Deporte Velocipédico*, que ahora se publicará dos veces por semana.

La Sociedad de Velocipedistas ha establecido los siguientes premios para la carrera Madrid-Toledo: Primero, 500 pesetas; segundo, 200, y tercero, 100.

Además se concederán medallas de oro y plata.

DON ACTIVO.

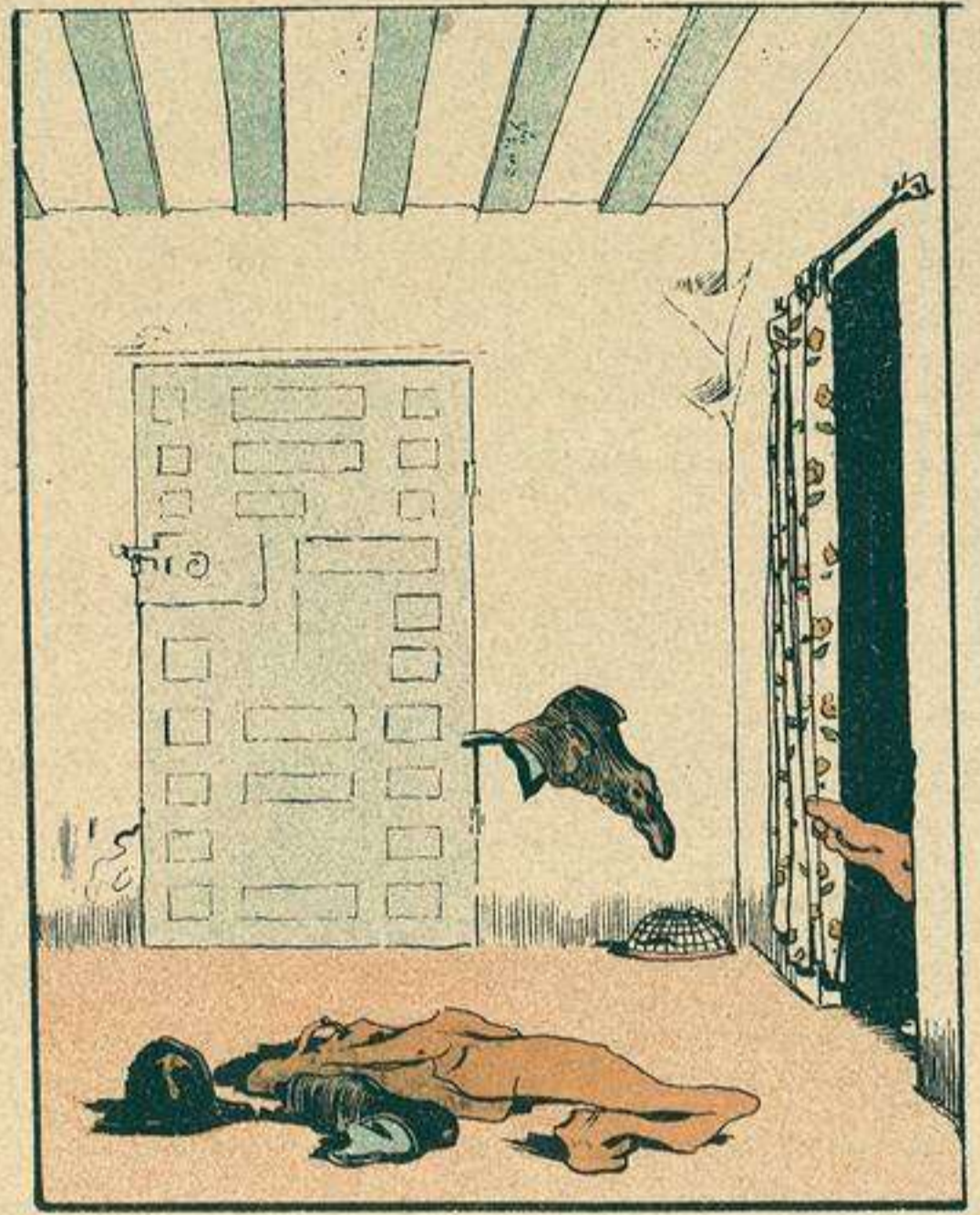
15



Mucho cuidadito ¿Eh? por que al que se desmande en lo más mínimo le dejo sin postre y sin colonias.



Nada que no encuentre otra solución. Ayer lei en la AGENCIA DE ANUNCIOS "SE NECESITA UN AMA SECA - TERNERA 13 TERCERO"..... Yo creo, que con este traje de la portera y aseándome todo lo posible, de doncella, no pero de ama seca, vaya si como unos días en la calle de la Ternera, porque aquí ya no queda ni una rata... decididamente..... á disfrazarse.



¡Ahí queda eso. Ahora mucha precaución á la salida.



¡¡¡ Horror!!! ¡Se me ha olvidado afeitarme!